

EDITORIAL

LAS VOCES DE LA ESPERANZA

El terror, el pánico, del ejército se expresó como siempre: disparando. Creyendo que la rápida lengua feroz de sus fusiles los redimiría, a la distancia, del encuentro con el rostro de otro hombre, feroz también, pero sorprendido de ver que su enemigo, su asesino o su víctima, no es nada más que un hombre, su semejante. Y comenzaron, en su pánico, ya sin jefes, ya sin nada ni nadie, azotados dentro de su coraza de soledad por el miedo, a disparar (Zalamea, 2018, pp. 88-89).

Este pasaje de *El gran Burundún-Burundá ha muerto* (1952), novela de Jorge Zalamea, publicada hace ya casi setenta años, representa muy bien lo que ha sucedido tantas veces en Colombia, y que seguirá sucediendo mientras no se logre una sociedad igualitaria y un verdadero Estado social de derecho, con plenas garantías para el ejercicio de la ciudadanía, donde los ciudadanos además de ejercer sus derechos también cumplan con sus deberes. Pasajes como el de la obra de Zalamea y de otras novelas colombianas son apenas una muestra del modo en que los escritores a veces sienten la necesidad de denunciar las atrocidades tantas veces cometidas contra el pueblo, en un país que parece condenado a repetir una y otra vez las mismas historias, como en ese Macondo cíclico de García Márquez atravesado por un tren destilando la sangre de los obreros asesinados, o como en la Ciénaga de Álvaro Cepeda Samudio, donde los huelguistas quedaron sembrados en una estación, muertos por las balas de los soldados; escenas inspiradas en las masacres cometidas contra los humildes, como la masacre de las bananeras, como la matanza de estudiantes un 9 de junio, y dando un salto al presente, como los disparos y las golpizas contra los jóvenes en las protestas a lo largo y ancho del país en estos oscuros días del 2021.

Pero esos hechos, además de inspirar tantas escenas de la literatura, del cine, del teatro y de la música, también dejan preguntas a las que tendríamos que buscarles respuestas. ¿Por qué disparó el Ejército contra los huelguistas aquella madrugada del 6 diciembre de 1928 en Ciénaga? ¿Por qué disparó la Policía contra el estudiante Gonzalo Bravo Pérez, en la marcha del 7 de junio de 1929, cuando participaba en una manifestación para rechazar la masacre de las bananeras, ocurrida seis meses antes? ¿Por qué disparó la Policía contra el estudiante Uriel Gutiérrez, justamente en la conmemoración de la muerte de Bravo Pérez, el 8 de junio de 1954? ¿Por qué al día

siguiente, en la protesta por la muerte de Gutiérrez, las Fuerzas Armadas dispararon contra los manifestantes, dejando trece estudiantes muertos y otros cuarenta heridos?

Y así podríamos seguir en una cadena interminable, pero volvamos al presente: ¿por qué las armas de la Policía han sido disparadas en estos días contra los civiles que participan en las protestas? En un comunicado del 28 de mayo, cuando se cumplía un mes del paro, la ONG Temblores reportó 1133 casos de violencia física contra los manifestantes y 43 homicidios presuntamente cometidos por miembros de la Fuerza Pública; también denunció 175 casos en los que hubo disparos de armas de fuego contra los manifestantes. Ante estas preguntas, hay muchas respuestas, pero la explicación puede resumirse así: contra los obreros, contra los estudiantes, contra la juventud y, en general, contra el pueblo han disparado en las manifestaciones de hoy y de siempre por una sola razón: porque quienes están detrás de las armas pretenden acallar esas voces que se levantan para reclamar sus derechos.

Por su parte la Misión de Solidaridad Internacional y Derechos Humanos (2021), en su “Informe preliminar: violación de DDHH en el marco del Paro Nacional 2021”, ratificó esas denuncias de abusos de la Fuerza Pública contra los manifestantes, y afirmó que

El Estado colombiano debe ser investigado porque en el marco del paro nacional y a través de sus fuerzas de seguridad regulares e irregulares, habría desaparecido, asesinado, torturado, abusado, perseguido, amenazado e intimidado a vastos sectores del pueblo colombiano. La represión desatada impidió, limitó y condicionó la participación política, el derecho de reunión y el derecho a la protesta (p. 19).

¿Por qué reprimen y matan a los jóvenes que levantan sus voces en las protestas?, podemos volver a preguntar. Y la respuesta es sencilla: porque el presidente ilegítimo y deslegitimado, que además se ha propuesto cooptar los organismos judiciales y de control del Estado, como la Fiscalía, la Contraloría y la Defensoría del Pueblo (una actitud muy propia de las dictaduras), quiere acallar las voces de protesta, pero como lo han manifestado los mismos protestantes y lo había mostrado Soto Aparicio en este pasaje de *La rebelión de las ratas* [1962], la sangre derramada es semilla:

Ciento cincuenta obreros, quizá más, yacían muertos, regados por la calle, reclinados en posturas grotescas contra los rieles o dentro los vagones del ferrocarril. Pero esos habían sido reemplazados por otros, que continuaban llegando de las más apartadas regiones con antorchas encendidas, gritando, pidiendo justicia, ahogados ya en el cenagoso mar de la venganza y del crimen, al que habían sido precipitados precisamente por la incompreensión de los poderosos (Soto Aparicio, 2003, s.p.).

El Gobierno se ha resistido a negociar con los delegados del paro, y ha pretendido negar y en otras ocasiones justificar la violencia contra los manifestantes, con el pretexto de que en las marchas ha habido actos de violencia y vandalismo; incluso ha sacado a relucir el supuesto complot “castrochavista” contra la institucionalidad colombiana. Como si no supiéramos que en muchas ocasiones las mismas instituciones infiltran agentes en las protestas para generar el caos, y también lo han hecho otros grupos violentos para deslegitimar el movimiento. Como si no supiéramos que una de las estrategias que el presidente utilizó para ganar las elecciones fue promover el miedo entre los electores. Tampoco es un secreto que a veces las tropas del Estado infiltran a sus agentes con traje de civil para sembrar la duda y el miedo de los otros, que ante la sangre derramada pueden desistir de la protesta. Esto lo mostró bien García Márquez (1982) hace muchos años en su novela *El otoño del patriarca*, ya que hablamos de dictaduras:

Los militares que aparecían en nuestras casas disfrazados de civil y nos suplicaban en nombre de la patria que nos echáramos a la calle [...] nos incitaban al saqueo y al incendio [...] pero nadie salió mi general porque nadie olvidaba que otra vez nos habían dicho lo mismo bajo palabra de militar y sin embargo los masacraron a tiros con el pretexto de que había provocadores infiltrados que abrieron fuego contra la tropa, así que esta vez no contamos ni con el pueblo mi general (p. 314).

Sin embargo, en el paro de 2021 ni siquiera ese tipo de maniobras, si es que las ha habido como lo sugieren tantos testimonios, han minado la fuerza ni la voluntad de los manifestantes. Aunque el Gobierno ha insistido en aplazar hasta el cansancio cualquier opción de diálogo y negociación, el movimiento ha resistido, y todo indica que esa resistencia se mantendrá hasta que el ejecutivo reconozca la realidad y muestre una verdadera disposición a negociar. Ojalá cuando al fin lo haga, no sea demasiado tarde. Por lo pronto, una cosa es segura: la etérea figura del presidente se ha desdibujado tanto que ya quedan apenas algunos trazos de esa nítida figura titiritesca que ha pretendido imponer un poder que nunca ha tenido.

El panorama del paro y la actitud del presidente Duque frente al movimiento social de cierto modo está sintetizado en estas palabras de la escritora Yolanda Reyes, publicadas cuando apenas empezaba el estallido social de 2021:

A estas alturas, sobre la sangre derramada y los jóvenes muertos, ya nadie duda —ni siquiera el presidente, a pesar de su tozudez— de lo que podría haber evitado un gesto político de acuse de recibo frente al dolor, la penuria y el pánico de este país que, según las estadísticas oficiales —que también podría haber repasado—, suma 21 millones de pobres. Era cuestión de vida o muerte, y no

es exageración, como lo sabemos hoy, haber descifrado la desesperación detrás de esos números y haber sabido —para eso es el Presidente— que la energía de tantos jóvenes sin educación, ni trabajo ni futuro tenía que expresarse de alguna forma (Reyes, 2021).

Y a la hora de escribir estas notas, afuera resuenan las voces de protesta. Son muchas voces clamando por un mejor país. Y la mayoría de esas voces son de los jóvenes que exigen el derecho a construir un futuro promisorio. Y en esas marchas van muchos de nuestros estudiantes. Y esas voces de tantos jóvenes se alzan hasta formar ecos de esperanza.

El número 49

En esta edición abrimos con un bloque en torno a la literatura del Caribe colombiano y el Grupo de Barranquilla: empezamos con “Encuentros y desencuentros identitarios de la ciudad: Barranquilla en las crónicas periodísticas de Alfonso Fuenmayor”, donde Cecilia Marrugo-Puello aborda las crónicas —como ella define las crónicas caribeñas— de Alfonso Fuenmayor para analizar el modo como se refleja en ellas la identidad del autor con su ciudad, a partir de los puntos de tensión y de confluencia; enseguida Emiro Santos García nos presenta “La etapa formativa (1940-1951): debates estéticos en la lírica temprana de Rojas Herazo”, cuyo título resulta muy explícito; con Carolina Chaves O’Flynn nos adentramos en “La censura de Félix Restrepo al título de *La mala hora*: una contienda glotopolítica entre el fascismo y la letra”, donde nos enteramos de las tensiones que hubo para la primera edición de esta novela, dada la autoridad lingüística del sacerdote colombiano Félix Restrepo conjugada con la censura franquista en España; y cerramos este tramo con otro artículo sobre el escritor de Aracataca: “Los medios y las redes en México durante la gestación de *Cien años de soledad* (1961-1967), de García Márquez”, donde Sebastián Pineda Buitrago reflexiona sobre el proceso de gestación de esta novela como un desafío de la “ciudad letrada” frente a la “ciudad audiovisual”.

Luego, Alexander Salazar Echavarría nos invita a examinar la importante labor que cumplió uno de nuestros editores en el establecimiento de una tradición literaria regional, con “‘Literatura antioqueña’ en Ediciones Académicas de Rafael Montoya y Montoya: los procesos editoriales y sus agentes en la definición de una tradición literaria”; y Leonardo Augusto Monroy Zuluaga nos ofrece una lectura de “La crítica literaria conservadora en Colombia entre 1930 y 1950” para que descubramos cómo,

en un entorno bastante convulsionado, el pensamiento conservador delineó las orientaciones críticas de un grupo influyente en aquel periodo.

El siguiente bloque, tejido en torno a la literatura y la oralidad, lo abrimos con “El retorno a los ancestros en la palabra de Vito Apüshana”, donde Mildred del Carmen Nájera Nájera nos muestra cómo este poeta wayuu en sus versos hace una especie de transición entre la oralidad y la escritura, y cómo en esos versos logra plasmar gran parte de su cosmogonía; en “Llorona de agua y duende de aire: el cronotopo en la narrativa plural de dos leyendas colombianas”, José Inocencio Becerra Lagos y Witton Becerra Mayorga nos llevan a desentrañar algunos elementos simbólicos en la literatura campesina; por su parte Adrián Farid Freja de la Hoz nos plantea una reflexión sobre la “Literatura tradicional en Colombia: entre el folclor y el olvido”, donde muestra cómo a pesar de la importante función que cumple, se le ha mantenido demasiado marginada de los estudios literarios y de los programas académicos relacionados con estos ámbitos.

Y cerramos la sesión de artículos arbitrados con un bloque sobre obras literarias contemporáneas. En “*El prestigio de la belleza y Donde nadie me espere* de Piedad Bonnett: dos *Bildungsroman* colombianos”, Alejandra Rengifo Muñoz muestra cómo en estas dos novelas, la autora logra retratar la condición humana desde una perspectiva personal e íntima, en unas historias enmarcadas por el autodescubrimiento; por su parte Florian Homann nos presenta su indagación por la “Memoria colectiva e intertextualidad: las funciones mnemotécnicas de la tradición literaria en la narrativa de Juan Gabriel Vásquez y Héctor Abad Faciolince”; y Adriana Sara Jastrzębska plantea una lectura de lo que ella considera “Subversión del paradigma narco en *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez”.

En nuestra sesión de conferencia tenemos “*Lo que fue presente: un diario a corazón abierto*”, donde Augusto Escobar Mesa hace un recorrido por esta obra desde la evocación de Héctor Abad Faciolince y el proceso de su autobiografía. En la sesión de entrevistas, Andrés Vergara Aguirre establece un diálogo con la poeta y artista “Gloria Posada, una voz suave y constante”.

Cerramos la edición con las reseñas, como siempre. Ernesto Mächler Tobar nos ofrece su lectura de *A la mesa del tirano: Poder y gastronomía en la novela de la dictadura*, de Milagros Santiago Hernández, y Andrés Vergara Aguirre presenta la novela *Dédalo*, de Camilo Bogoya.

Este es, amigos lectores, el menú que les hemos preparado para esta edición 49 de la revista *Estudios de Literatura Colombiana*. Al hacerles este envío, es momento de agradecerles a todos: a ustedes por su confianza al leernos, y a todas las personas involucradas en el proceso de convocatoria, recepción, evaluación y publicación. A nuestros comités y al equipo editorial, muchas gracias. También al equipo de FOCO por el acompañamiento en la edición. Y a la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia y a la Vicerrectoría de Investigación, que hacen posible esta publicación. A todos, ¡gracias! ¡Y celebremos la vida!

Andrés Vergara Aguirre

Director editor

Referencias bibliográficas

- García Márquez, G. (1982). *El otoño del patriarca*. Barcelona: Bruguera.
- Misión de Solidaridad Internacional y Derechos Humanos. (2021). Informe preliminar: violación de DDHH en el marco del Paro Nacional 2021 (3 de junio), 19 p. Recuperado de: <https://forodesaopaulo.org/informe-preliminar-violacion-de-ddhh-en-colombia/>
- Reyes, Y. (2021). Represión e inanición: nueva temporada. *El Tiempo* (3 de mayo). Recuperado de <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/yolanda-reyes/represion-e-inanicion-nueva-temporada-columna-de-yolanda-reyes-585502>
- Soto Aparicio, F. (2003). *La rebelión de las ratas*. Bogotá: Panamericana.
- Zalamea, J. (2018). *El gran Burundún-Burundá ha muerto*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Biblioteca Básica de Cultura Colombiana.